

SEUDÓNIMO: NAZARÍ
TÍTULO: LUXACIÓN SIMPLE

Cualquiera de estas mañanas, María José decidirá por fin subir al autobús, o al menos esa es la firme y secreta esperanza de Paco.

Desde que falleciera su esposa, 5 años atrás, no había posado los ojos en mujer alguna. Cada día cumplía escrupulosamente con su ritual cotidiano. No se permitía saltarse ni una coma. Sabía que la más mínima alteración podía desencadenar una fractura irreparable en el delicado edificio que lo guarecía del paso de las horas vacuas. Primero era la radio, luego la ducha y el café. Lo tomaba a ritmo muy pausado, tenía que terminarlo a la par que el resumen deportivo para que le quedara el tiempo justo de enjuagar la taza, bajar las escaleras, comprar el periódico y subir al autobús con la cara hundida en las primeras páginas, repitiendo lacónicos *buenos días*, sin mirar a nadie, sin importarle si recibía respuesta o no.

Pero la fisura que tanto temía apareció hace poco más de un mes, en forma de torbellino blanco con gafas color fucsia. Paco habría jurado que surgió de una alcantarilla. Lo derribó, esparciendo las hojas del diario a diestro y siniestro y provocándole una luxación de hombro. Por primera vez desde sus tiempos de aprendiz en la fábrica, el autobús se alejaba sin él, ajeno a su desamparo, cubriendo ajustadamente su recorrido diario. Se detendría puntualmente cinco paradas más allá para que se apeasen las tres personas que trabajaban en el mismo edificio que Paco, pero esa mañana no aminoraría la marcha al acercarse a la siguiente. En esa franja horaria, Paco era, invariablemente, el único pasajero que descendía en la sexta parada. Desde ahí, desandaba el camino, con la excusa de estirar las piernas, *por prescripción*

médica, decía si le preguntaban, y, por descontento, para no coincidir con nadie, para no hablar, no arriesgarse a reír o llorar...

Casi sin esperárselo se encontró en los asientos traseros de un taxi, camino del hospital donde, según rezaba en su placa identificativa, María José, ejercía la medicina. Más tarde sus manos cálidas y expertas reparaban la articulación dislocada mientras las barreras de Paco caían hechas astillas ante una mirada que nada escondía.

Desde entonces la aguarda cerca del quiosco, mirando de reojo la parada del autobús. Hay días que no la ve. Se resigna y sube al vehículo con el periódico doblado bajo el brazo y, si se tuerce, charla con los demás pasajeros. Otros días, ella pasa temprano, a pié o en bici y él la saluda recordándole lo cómodo que es el autobús y lo cerca que la deja del hospital. Si va a pie la retiene más de lo prudente, confiando en que se le haga tarde y por fin se decida a subir al urbano. Ella sonríe, cada vez más persuadida, intuyendo quizá que Paco olvidaría su periódico y el deje triste que aún vive en su mirada si la llevara sentada a su lado cada mañana.